7802

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA
CALLE DE SEVILLA, NÚM. 14, PRINCIPAL.

NO POR MUCHO MADRUGAR...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

Segunda edicion.

MADRID
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle de Capellanes, núm. 5, principal
1872

NO POR MUCHO MADRUGAR...

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/nopormuchomadrug3502medi

NO POR MUCHO MADRUGAR...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

ESTRENADO CON APLAUSO

EN EL TEATRO ESPAÑOL EL 8 DE DICIEMBRE DE 1872.

SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO

Capellanes, 5, principal.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA.. . . .	Sra. D.ª Cándida Dardalla.
GUSTAVO.	Sr. D. Antonio Zamora.

La accion, del dia, en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, sin cuyo permiso nadie podrá reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar y en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente decorado.—Puerta al fondo.—Á un lado, en primer término, un tocador de señora. En segundo, un balcon.—Al otro, un armario de luna.—En el centro, un velador con libros, papeles, bastidor de bordar, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA. (En la puerta, como hablando con un criado.)

Entiendes? Le harás entrar
al momento. No es preciso
que pases recado. Á él solo
espero... Que éntre aquí mismo.
(Baja al proscenio.)
Despues de un año de ausencia
vuelve, por fin, más rendido
que nunca, si he de juzgar
por la carta que me ha escrito.
(Desdobla una que tiene en la mano, y lee la postdata.)
«Llegaré á Madrid el cuatro
al anochecer, ó el cinco
por la mañana.» Supongo (Se guarda la carta.)
que ya debe haber venido.
Á las ocho llega el tren, (Mira el reloj.)

671165

y son las nueve... De fijo
no tardará en presentarse. (Se sienta.)
Veremos si ha resistido
al influjo poderoso
de la ausencia, su cariño.
Pues aunque él dice que soy
de su corazon el ídolo,
su encanto, su bien, su dicha,
y otras cosas, desconfio...
Todo esto aunque no se sienta
cuesta muy poco decirlo.
Por experiencia lo sé.
No hay un hombre, viejo ó niño,
alto, bajo, malo ó bueno,
que en cuestiones de amoríos
diga nunca la verdad.
El más franco, el más sencillo,
exagera lo que siente;
todos tienen ese vicio.
Y sin embargo, no hay uno
que no se juzgue un bendito,
y al hablar de las mujeres
no diga algun desatino.
¡Infelices de nosotras!
Nos censuran sin motivo;
nos culpan, nos tiranizan...
¡Y todo nuestro delito
es: ser un tanto coquetas,
curiosas, de genio frívolo,
algo amigas de que ellos
nos regalen el oido,
un poco amantes del fausto

y del lujo, y un poquito
vanidosas; nada más!
Ellos, en cambio, ¡Dios mio!
tienen todos los defectos
y resabios conocidos.
Pero, en fin, nos hacen falta
y tenemos que sufrirlos.
Yo, tambien, aunque soy viuda
y de nadie necesito
para vivir, reconozco
que se hace un papel ridículo
á cierta edad, no teniendo
el apoyo de un marido.
Fuerza, pues, será casarse
otra vez. (Con cierta amargura.)

(Breve pausa.)

Cárlos es rico,
tiene buenas cualidades,
es jóven, honrado, fino...
Y pues ya va á hacer tres años
que pretende con ahinco
ser mi esposo, justo es
que yo le otorgue ese título,
en premio de su constancia,
haciéndole el sacrificio
de mi libertad... Veamos
qué tal estoy. (Se acerca al tocador y se mira al espejo.)
Este rizo
no me acaba de gustar...
(Suena dentro una campanilla.)
Llaman... ¡Él es! Pronto vino.
(Se arregla apresuradamente el cabello y se vuelve mirando á la puerta.)

ESCENA II.

MARGARITA Y GUSTAVO.

GUST. (Desde la puerta.) Estoy á los piés de usted.
MARG. (¡Ah! no es él.)
GUST. (¡Encantadora...
incomparable!) (Ella intenta hablar y él la interrumpe.)
Señora,
hágame usted la merced
de no abandonar por mí
su ocupacion. Yo prefiero
la franqueza... (Avanzando.)
MARG. Caballero,
¿cómo ha entrado usted aquí?
GUST. Llamé á la puerta, un criado
abrió y me dijo: «Señor,
pase usted al tocador...»
Ya sabe usted cómo he entrado.
MARG. Sin duda le han confundido
á usted con otra...
GUST. ¿Con quién?
MARG. Con otra persona...
GUST. Bien.
MARG. Que debió ya haber venido
y que no puede tardar.
GUST. ¿Estorbo?
MARG. No tanto; pero...
(¿Quién será este majadero?)
GUST. (Haciendo ademan de retirarse.)
Dios me libre de estorbar.

MARG. Sin embargo, si usted quiere
decir cuál es el motivo...
GUST. Confesar á usted que vivo
muy triste, que mi alma muere,
que mi corazon se abrasa...
MARG. ¿Y para tal confesion
entra usté en mi habitacion
como Pedro por su casa?
Vamos, nadie lo diria.
GUST. Por tal frase no me arredro.
Señora, yo no soy Pedro;
pero la casa sí es mia.
MARG. ¡Ah! ¿Usted es el dueño?
GUST. Sí.
Tengo á usted por inquilina
principal, y por vecina
tambien.
MARG. ¿Vive usted aquí?
GUST. Debajo de usted, señora.
Tengo ese dulce consuelo.
MARG. ¿Cómo?
GUST. En el piso entresuelo.
Usted, sin duda lo ignora.
MARG. Como sólo me he entendido
con el administrador...
Pero hágame usté el favor...
(Invitándole á tomar asiento.)
GUST. Si á importunar he venido...
MARG. Nó, de ninguna manera.
GUST. Si molesto, francamente
dígame usted lo que siente;
porque hacer lo que usted quiera

es lo único que yo quiero.
MARG. Gracias. Nadie pensaria
hallar tan buena armonía
entre inquilino y casero.
GUST. Temo que no dure mucho.
MARG. La igualdad de parecer?
GUST. Sí.
MARG. Por qué?
GUST. Va usté á saber
por qué motivo.
MARG. Ya escucho.
(Qué será?)
GUST. Señora, yo
tengo fama de hombre raro;
sin duda porque soy claro,
pues por otra cosa, nó.
Mas verá usted qué infundada
es la opinion de la gente.
Me llamo Gustavo Alpuente,
y he nacido en la Cañada.
Pero en esto, ó yo estoy ciego
ó en rigor nada hay que asombre;
porque ni es raro mi nombre
ni es rareza ser manchego.
MARG. Ciertamente.
GUST. Ya he cumplido
treinta y tres años de edad.
Tampoco es raro.
MARG. Es verdad.
GUST. Soy rico; tengo invertido,
parte en fincas de valor,
parte en papel del Estado,

el capital que he heredado.
Esto es raro?

MARG. No, señor.

GUST. Lo es mi trage, por ventura?
Lo es mi porte?

MARG. No lo veo.

GUST. Lo soy yo?

MARG. Tampoco.

GUST. Creo
que no asusta mi figura,
aunque no es de las mejores;
y, francamente, mi cara
no me parece muy rara;
otras se han visto peores.

MARG. Sin duda; pero usté olvida...

GUST. Quiero probar que no soy
raro...

MARG. Bien; de eso ya estoy
plenamente convencida.

GUST. Entonces explicaré
de mi visita el objeto.
Voy á ser breve y concreto;
pero no me dirá usté
que soy raro?...

MARG. Nó.

GUST. Corriente.
Hace ya tiempo que, aislado,
soltero, triste y cansado,
vivo á todo indiferente;
porque esto de no tener
familia, padre ni madre
ni una suegra que nos ladre,

ni es gozar ni es padecer.
Al llegar á cierta edad,
para un hombre algo sensible,
el celibato es horrible,
odiosa la soledad.
No tiene ya quien le quiera
con espontánea ternura;
ni consuelo en su amargura,
ni alegría duradera,
ni placeres, ni ilusion,
ni esperanza venturosa,
ni una mano cariñosa
que le recosa un boton.
Entra en su casa, y no ve
un rostro que le sonria;
huye de ella, y pasa el dia
murmurando en el café.
Llega la noche, recurre
al sueño, dormir anhela,
y no duerme, y se desvela,
y se revuelve, y se aburre.
Si alguna pena horrorosa
le acosa, debe aguantarla,
y no puede desahogarla
pegándola con su esposa.
Si con fiebre ó tabardillo
trinando en la cama cae,
ni siquiera le distrae
la rabieta de un chiquillo.
No encuentra goce ni calma;
todo le sale al revés;
come mal, gasta por tres...

En fin, le rompen el alma;
y aunque con gloria sucumba,
despues de vida tan perra,
no deja un sér en la tierra
que llore sobre su tumba.

MARG. Bien, pero á qué viene ahora
discurrir sobre ese punto?
Entremos en el asunto...

GUST. Al asunto voy, señora.
En atencion á lo expuesto,
al cabo he determinado
abandonar el estado
que han dado en llamar honesto.
Y tal determinacion
me ha obligado á hacer á usté
esta visita.

MARG. Por qué...?

GUST. Ya estamos en la cuestion.
Para vivir, cual hoy vivo,
soltero y con un sirviente,
cualquier casa es suficiente,
puesto que á nadie recibo
ni fuí nunca vanidoso;
pero al tratar de casarme,
juzgo preciso mudarme
á un cuarto más espacioso.
A mí el que más me conviene
es éste, por su salon
y buena distribucion...
Si usted á un cambio se aviene,
y no le parece mal
que satisfaga mi anhelo,

baja usted al entresuelo
y yo subo al principal.

MARG. Qué dice usted? Es posible...?
¡Dejar esta habitacion!
Tan extraña pretension
me hace un efecto terrible.

GUST. Extraña?

MARG. Mucho.

GUST. Por qué?
En qué estriba su reparo...?

MARG. ¡Y dice usted que no es raro!

GUST. Tambien me lo llama usté?

MARG. Sí, señor. Esto no es justo.

GUST. Cómo?

MARG. Ni á nadie le pasa.
¡Querer quitarme una casa
en donde estoy tan á gusto...!
Una casa con cochera,
dos jardines, fuentes, gas,
buenas vistas por detrás
y magnífica escalera;
con un sol de Mediodia
capaz de asar á un cristiano;
que es tan templada en verano,
y en el invierno tan fria...!

GUST. Si le es á usted tan sensible,
áun puede arreglarse todo.

MARG. Usted dirá de qué modo.

GUST. Sólo hay un medio posible;
si usted por el medio pasa...

MARG. Cuál es? A pasar me obligo.

GUST. Que se case usted conmigo,

y todo se queda en casa.

MARG. Se burla usted?

GUST. No, señora.
He dicho mi pensamiento;
lo que dicta el sentimiento
de un corazon que la adora.

MARG. Tan repentina pasion,
cuyo orígen no concibo,
me demuestra que es muy vivo
de genio su corazon.

GUST. No ha nacido de repente
el amor que me domina;
pues, aunque usted imagina
quizá que mi labio miente,
ántes de que usted viniera
tan pobre recinto á honrar
era mi pecho el altar
de su imágen hechicera.
Y ya en esta situacion,
juzgue usted cuánta seria
mi sorpresa, al verla un dia
asomada á ese balcon.
Desde aquel dichoso instante,
sin que usted lo haya advertido,
de sus encantos he sido
admirador incesante.
He estado siempre detrás
del cristal de mi ventana,
por tarde, noche y mañana,
sin retirarme jamás,
suspiros al aire dando;
y más de una vez, señora,

los albores de la aurora
me han sorprendido, esperando
que el sol se dejara ver;
pero si usted no salia
al balcon, me parecia
que nunca iba á amanecer.

MARG. Me deja usted admirada!

GUST. Y tan preocupado estoy,
que ya ni mi sombra soy
ni con acierto hago nada.
No puedo estar ni un segundo
tranquilo, sin ver á usté;
hablo solo, y si ando á pié
tropiezo con todo el mundo.
Paso dias tan fatales
que en ellos nada comprendo...
Ayer, empecé perdiendo
un billete de mil reales.
Entré en la peluquería,
y dos espejos rompí.
Al tiro de gallos fuí,
y, sin saber lo que hacia,
tiré al dueño del local
en vez de tirar al gallo...
Y acabé... entrando á caballo
en el café Universal.

MARG. ¡Qué horror!

GUST. Esta situacion
apura mi sufrimiento.
Ya en vano luchar intento,
ya desmaya el corazon,
ya se agota la paciencia...

En fin, mujer adorable,
yo amo á usted. Si soy culpable, (Se arrodilla.)
aquí aguardo mi sentencia.

MARG. Alce usted!

GUST. (Levantándose.) ¿Podré esperar?...

MARG. Es que yo...

GUST. ¿Será usté esquiva?
¿No premiará compasiva
mi amor?

MARG. Voy á contestar,
aunque sólo por seguir
la broma.

GUST. ¿Cómo la broma?
¿Pues usted por quién me toma?
Yo no acostumbro á fingir.

MARG. Entónces contestaré
formalmente.

GUST. Así lo espero.
Hable usted, pues.

MARG. Caballero...

GUST. Señora?...

MARG. Ha llegado usté
tarde.

GUST. ¡Qué fatalidad!
¡Destino cruel é injusto!...
Mas no me coge de susto,
si he de decir la verdad.
Y esto no es hacer alarde
con usted de indiferente,
porque en mí es cosa corriente
llegar á todo muy tarde.

MARG. ¡Cómo ha de ser!

GUST. ¡Ya lo veo!
MARG. Ya sabe usted que en la vida
no sale todo á medida
del capricho ó del deseo.
GUST. ¡Llegar tarde! ¡Oh, suerte ruda!
¡Hado funesto y crüel!
MARG. Por algo dicen que aquel
que madruga Dios le ayuda.
GUST. ¿Mas nada puedo esperar?
¿No es usted viuda?
MARG. Lo soy,
pero hace tiempo que estoy
comprometida, y pensar
no debo sino en el hombre
que pronto será mi esposo.
GUST. ¡Mortal mil veces dichoso!
¿Se puede saber su nombre?
MARG. Por qué no? Cárlos Barrasa,
propietario en Barcelona;
muy buen sugeto, persona
muy conocida...
GUST. En su casa.
MARG. Qué? ¿No le conoce usté?
GUST. No, señora.
MARG. Es muy extraño.
GUST. ¿Está en Madrid?
MARG. Hace un año
que á Puerto Rico se fué.
GUST. ¿Ha tenido que pasar
el charco?
MARG. Sí.
GUST. ¡Pobrecito!

MARG. Pero ya, segun me ha escrito,
llega...
GUST. ¿Cuándo va á llegar?
MARG. En el tren de Andalucía,
hoy, ó mañana temprano.
GUST. (¡Y no habrá un republicano
que descomponga la vía!)
MARG. ¿Qué dice usted?
GUST. Nada, nada.
MARG. Quizá no tarde una hora.
GUST. En ese caso, señora,
debo dar por terminada
mi visita.
MARG. No es razon...
Yo privarme sentiria
de su grata compañía
y amena conversacion.
GUST. Para no ser importuno
retirarme es lo prudente.
Mas si no hay inconveniente...
MARG. Inconveniente? Ninguno.
Y en este mismo momento
se lo voy á demostrar.
Vuélvase usted á sentar.
GUST. Está muy bien; ya me siento.
MARG. Verá usted con que franqueza
le trato... Voy á ponerme
al tocador, y á prenderme
un adorno de cabeza.
Por si viene mi futuro
nada más; no crea usté
que es presuncion.

GUST. Ya se ve.

MARG. Aunque no sé de seguro
si esta noche llegará.
Terminaré en un instante.
Usted lea, fume, cante...
Á mí no me estorbará...
En fin, haga lo que quiera
con toda satisfaccion.
Yo sigo en mi ocupacion
como si usted no estuviera.

GUST. Gracias. (Pausa.)

MARG. Lee usted? (Sin volver la cabeza.)

GUST. No, señora.

MARG. ¡Ay! que insufrible criatura!

GUST. Quién, yo?

MARG. Usted? Nó. Qué locura!
Hablo de mi peinadora.
¡Jesús! no puedo con ella...
Hará que me desespere;
es tan torpe!...

GUST. (Levantándose.) Si usted quiere
que le sirva de doncella...

MARG. Muchas gracias.

GUST. (Volviendo á sentarse.) No hay de qué.

(Pausa.—Gustavo se levanta de nuevo y se acerca con sigilo y timidez al tocador.)

MARG. Diga usted, señor...

GUST. Gustavo
Alpuente.

MARG. Ah!

GUST. Qué?...

MARG. No acabo

de decidirme... no sé
qué color será el mejor
para mi pelo. Quisiera
que usted...

GUST. En tal cabellera
sienta bien cualquier color.

MARG. No tanto. No me domina
el amor propio... Al fin, ya
voy siendo vieja.

GUST. Usted? Quiá!

MARG. Vamos, á que no adivina
mi edad...

GUST. Si tiene usté una
amiga de confianza,
lo averiguo sin tardanza.

MARG. De veras?

GUST. Sin duda alguna.

MARG. Y no habrá error?

GUST. Imposible.

MARG. Pues cómo?...

GUST. Para saber
la edad de toda mujer,
tengo un método infalible
que es hijo de la experiencia.
Entre la edad que ella diga
y la que le eche su amiga,
se parte la diferencia.

MARG. Hola! Muy bien. Considero
que no es cálculo dudoso.
Es usted muy ingenioso.

GUST. Ingenioso, nó; ingeniero.

MARG. Buena carrera; me place.

(Breve pausa.—Margarita continúa su tocado.)

Diga usted, señor... Alpuente,
¿hace bien sobre la frente
este rizo?

GUST. Muy bien hace.

MARG. Si á usted le gusta, lo dejo.
Y esta flor?

GUST. Lo mismo digo.

MARG. Dispénseme usted, amigo,
que le tome por espejo.

GUST. Por tenerla á usted delante
diez minutos cada dia,
con gusto espejo seria.

MARG. Mil gracias. (Es muy galante.)
(Suena un reloj dentro.)
Las diez ya! Será posible?...
Pero, en fin, ya concluí.
Estoy bien? (Poniéndosele delante.)

GUST. Nó: para mí
está usted...

MARG. Cómo?

GUST. Insufrible.

MARG. Por qué?

GUST. Porque así tortura,
sin querer, mi corazon;
que el hacer ostentacion
de su espléndida hermosura
ante el hombre que la adora
sin esperanza, es cinismo,
es crüeldad... es lo mismo
que tener hora tras hora
á un cesante, haciendo cruces,

sin dejar que el hambre mate,
pegado al escaparate
de una tienda de andaluces.
(Suena dentro una campanilla.)

MARG. Ahí está ya. (Se mira al espejo.)

GUST. (Malo!)

MARG. (Asomándose al foro.) Diego!
que pase al salon...

GUST. (¿Qué haré?)

MARG. Gustavo, dispense usté;
pero....

GUST. No hay de qué.

MARG. Hasta luego.
(Vase precipitadamente.)

ESCENA III.

GUSTAVO.

Qué mujer! Hará un mes hoy
que la ví por vez primera,
y ya enamorado estoy
cual nunca estarlo creyera.
¿Y con paciencia he de ver
que ese señor... de Barrasa
se case con tal mujer?
Pues nó señor; no se casa.
Él podrá tener razon
por ser el primero; pero
en juegos del corazon
no siempre gana el primero.
Dice un refran muy gastado
que suele sacar mendrugo

el pobre que es porfiado;
y ya que al cielo le plugo
darme teson y osadía,
á la lucha me prevengo:
ó me salgo con la mia
ó pierdo el nombre que tengo.
Del éxito ya respondo.
Sólo me falta una cosa;
que es conocer más á fondo
á la que ha de ser mi esposa.
Mas cómo saber...? Perplejo
me tiene tan árduo tema.
¿Será el semblante el espejo
del alma? Hé aquí el problema.
Problema dificultoso,
porque ¿quién puede leer
en el fondo misterioso
del alma de una mujer?
Pero qué digo...? A qué dudo,
estando aquí? El tocador
de una dama nunca es mudo
para un hombre observador.
A mi voz responderá...
Cada prenda, cada objeto,
cada detalle, me hará
partícipe de un secreto.
El medio de que me valgo
no es leal, pero en razon
necesito saber algo.
Comience la exploracion.

(Empieza á tomar y dejar los objetos que indica el monólogo, haciendo lo que en éste se marca.)

Qué hay aquí...? Esencia de rosa.
Dos adornos de cabeza...
y uno azul!... Pues si es celosa
debe querer. Bien empieza.
Un ramo! Jazmines dobles,
azucenas, pensamientos,
violetas... Lema de nobles
y leales sentimientos.
Sigamos tomando notas.
Aquí un extracto... Y aquí?
Calle! Aceite de bellotas!
Odia á los calvos. Por mí...
Y en este otro lado? A ver...?
Ni una almohadilla, ni un rizo...
Rara excepcion! Qué mujer!
No tiene nada postizo!
Pasemos al velador.
Un álbum, un bastidor...
Borda? Bien, es hacendosa;
circunstancia que hace honor
y conviene á toda esposa.
Libros... *La buena casada.*
Un diario... De qué partido?
La Época. Mucho me agrada.
Sólo quiero ser marido
de una mujer moderada.
Dos cartas... Alto! No llevo
tan allá mi indiscrecion.
Quisiera... Mas si me atrevo
á mirar lo que no debo
faltaré á la educacion.
Jamás! Aunque, bien mirado,

puesto que abiertas están
no es tan grande mi pecado.
Voy á leerlas... confiado
en que ustedes callarán.
Veamos... «Querida Rita:
tengo una horrible jaqueca,
y no puedo ir á tu cita
en casa de las de Checa.
Tuya, siempre, Margarita.»
Tiene letra inteligible,
que ya es bastante tener;
no tuerce, y escribe horrible
con h... cosa increible,
tratándose de mujer.
A ver ésta? Aunque es igual
en cuanto á la redaccion
y parte gramatical,
está rota, y al final
tiene un enorme borron.
Hé aquí lo que de esto infiero:
Ésta fué escrita primero;
en vez de la salvadera
volcó sobre ella el tintero;
rompióla, mas de manera
que, aunque con ira fué rota,
alrededor del papel
no se vertió ni una gota
de la tinta echada en él.
Todo lo cual, qué denota?
La buena letra, pasion
por lo claro y lo bien hecho;
la ortografía, instruccion;

y el no torcer ni un renglon,
aficion á lo derecho.
Echar tinta, en vez de arena,
en la carta, es prueba plena
de que tiene genio vivo.
Romperla por tal motivo,
aunque lo noto con pena
es de carácter violento;
pero hacerlo sin manchar,
demuestra que en el momento
sabe siempre dominar
su más rudo sentimiento.
Y, en fin, despues del borron,
domar la mano irascible,
y escribir con perfeccion,
es un indicio infalible
de santa resignacion.
Al cabo hallé mi ideal.
Una mujer instruida,
fiel, hacendosa, sufrida,
elegante, natural,
y algo que ahora se me olvida;
y algo de que estoy seguro,
y algo más que me figuro,
y un poquito que adivino,
y otro poco que aventuro,
y mucho que me imagino;
y lo que no he de saber
hasta que estemos casados...
En fin, no más suponer:
me conviene esta mujer
por todos cuatro costados.

ESCENA IV.

GUSTAVO Y MARGARITA.

(Entra ella demostrando contrariedad y se sienta sin mirar á Gustavo que la observa en silencio.)

GUST. ¡De vuelta ya! Sentiré
que por mí...
MARG. Nó; se ha marchado.
GUST. Se ha marchado?
MARG. Sí, señor.
GUST. Pues corto ha sido el diálogo.
MARG. Cuando hay poco que decirse...
GUST. ¡Cómo poco!... Es muy extraño.
Despues de tan larga ausencia
debió haber sido más largo.
MARG. Aunque no hubiera venido...
GUST. ¿Qué escucho, se han enfriado
las relaciones?
MARG. No tal;
lo mismo que siempre estamos.
Entre él y yo, nunca estuvo
el termómetro muy alto.
Pero amigo, en esta vida
suele una llevarse chascos
tan grandes!
GUST. ¿Pues qué ha ocurrido?
(Por lo visto ha habido cambio.)
MARG. Figúrese usted que yo
salí de aquí deseando
ver á... ese amigo, como era
natural. Con breve paso

atravieso el corredor,
llego á la sala, levanto
el portier, sale á mi encuentro,
le tiendo ansiosa la mano,
me acerco, le miro, dudo,
cierro los ojos, los abro
de nuevo, vuelvo á mirarle,
y... ¡oh terrible desengaño!
¡era verdad!

GUST. Pero, qué?...
¿Qué era verdad?

MARG. Que está calvo!

GUST. Calvo? ¡Infeliz!

MARG. Calvo, sí.
¿Quién habia de esperarlo?
¡Él, que tenia un cabello
que era un verdadero encanto!...
Pero, en fin, eso seria
lo de ménos. Bien mirado
casi es de buen tono.

GUST. Sí?
(Mañana me afeito el cráneo.)

MARG. Lo inesperado, lo absurdo,
lo irresistible del caso,
con lo cual yo no transijo,
es que quiere que en casándonos
vayamos á establecernos
allá...

GUST. Á dónde?

MARG. Al otro barrio.

GUST. ¿Cómo al otro barrio?

MARG. A América.

GUST. No es país muy adecuado
para la luna de miel;
mas si él juzga lo contrario...

MARG. ¿Pues qué, le parece á usted
que la exigencia es un grano
de anís? ¡Ahí es nada!... ¡Yo
renegar del suelo patrio!
¡Abandonar yo á Madrid!
¿Y para qué? ¡Cielo santo!
Para ir á acabar mis dias
á un país de guachinangos
donde es uso en la mujer
fumar ó mascar tabaco,
y le llaman á una «niña»
áun cuando tenga cien años?...
No; jamás... Confiese usted
que eso ya es demasiado.
Pues bonito porvenir
me esperaba!

GUST. Sin embargo...

MARG. Todo lo veria negro.

GUST. Eso, sí. Pero si Cárlos
insiste en su pretension,
y usted le ama...

MARG. Ya no le amo.

GUST. ¿No?

MARG. No, señor.

GUST. (Pues no hay duda
que su amor era arraigado.)
Bueno; es decir...

MARG. Es decir
que ya, amigo, no me caso.

GUST. Con él?
MARG. Claro es que con él.
¿Pues de quién estoy hablando?
GUST. Ni se muda usted?
MARG. Tampoco.
GUST. Entónces...
MARG. Qué?...
GUST. Seamos francos.
Usted me conviene á mí,
y yo á usted. Ya no hay obstáculo...
Conque ¿quiere usted que vaya
en busca del escribano?
MARG. ¡Cómo! Así tan de repente...
Sin tiempo para pensarlo...
No puedo negar á usted
que me ha sido muy simpático
desde el punto en que le ví.
Mas ántes de dar un paso...
En fin, veremos...
GUST. Veremos?
MARG. Sí. (Tendiéndole la mano.)
GUST. Gracias. (Mio es el campo.)
Tarde al principio llegué...
pero bien dice el adagio:
NO POR MUCHO MADRUGAR
AMANECE MÁS TEMPRANO.

FIN.